

Los incommensurables terrenos de la infancia

GINA RODRÍGUEZ HERNÁNDEZ

Fototeca de la Coordinación Nacional de Monumentos Históricos-INAH

La infancia, su peculiar historia, se percibe cada vez más desde cualquier perspectiva de las ciencias humanas, como un legítimo tema de estudio con autonomía específica; si bien es cierto que a menudo se liga con el estudio de las mujeres, por la indisoluble e inseparable naturaleza de su relación.

La posibilidad de trazar una historia contemporánea de la infancia, mucho tendrá que agradecer a la fotografía. La historiografía que se ha acumulado sobre este medio —de sus orígenes en México a las recopilaciones detalladas de sus más destacados autores— permite ubicar en una perspectiva crítica y contextualizada, a sus distintas etapas y proyectos de registro y circulación. Con ello, poco a poco se trasciende el recurso de utilizar la imagen como apoyo o adorno del texto, ampliándose cada vez más sus usos documentales como fuente histórica.¹

Sin embargo, muchos investigadores sociales aún descartan o literalmente no ven esta posibilidad, no sólo porque es difícil leer a las fotografías y a partir de ellas articular un discurso propio y original, sino porque para que las fotografías se utilicen como fuentes primarias, es necesario contar con catálogos de acervos y colecciones disponibles a la investigación. Esto, que parecería elemental, no lo es. La construcción de catálogos es una tarea ardua, continua, y perfectible, en estrecha retroalimentación con los avances de los estudios interdisciplinarios, no sólo en el área fotográfica, sino en las propias ciencias sociales y sus respectivos temas de investigación. Por otra parte, en la información catalográfica además de confluir los datos técnicos de las piezas y los datos precisos que las identifiquen, tales como lugar, fecha, autor, se debe de tener, un enfoque curatorial que identifique a cada pieza dentro de un conjunto de imágenes, llámese serie, colección o inclusive, acervo fotográfico.

En relación al tema que nos convoca, sorprende la cantidad de retratos, puestas en escena y vistas, en donde se perciven o predominan estos complejos seres que, día tras día dejan de ser lo que en primera instancia deben ser: niñas y niños. Las particulares características de la fotografía, un instante capturado, que a su vez posibilita la lectura más amplia del evento o el contexto fotografiado, la hacen el medio idóneo que posibilita conocer los contundentes e inevitables cambios, tanto en términos físicos, como culturales, que ocurren en estos seres.

Ejemplifiquemos esto con nuestras propias historias infantiles: una puñado de recuerdos —instantes de la memoria— salpicados de anécdotas que otros dicen recordar —aunque nosotros mismos deliberadamente las hayamos olvidado—; a su lado algunas fotografías —instantes del pasado—, que frente al

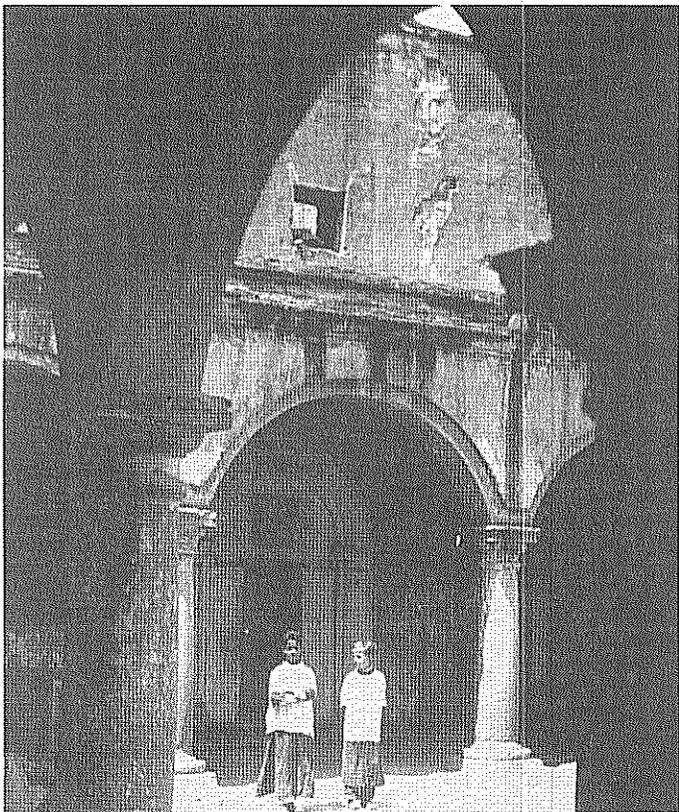
cúmulo memorioso, resultan ser los documentos más tangibles (al respecto remitámonos a la conmovedora escena de *Blade Runner* en donde Rachel, la cyborg heroína del film, ofrece como pruebas de su infancia, las fotos de sus cumpleaños y sus mascotas).² La suma de estos elementos, articulados con cierta coherencia, hará posible el relato de nuestra niñez.

En este sentido, mi propuesta es equivalente: para estudiar la infancia, requerimos de diversos recuerdos (y aquí un sin número de fuentes tendrían cabida), confrontados con los diversos instantes fotografiados, sobre las cuales podamos proyectar nuestras líneas de investigación. Si bien es cierto que los planteamientos que hagamos se irán engarzando con la manera personal en que elijamos configurar las secuencias de imágenes, también es cierto que, tal como sucede con nuestras historias, las líneas que desarrollemos dependerán en muy buena parte, de la información visual disponible, limitada por los parámetros siempre movedizos de la representación, sus autores, sus circunstancias y sus canales de circulación.

En los acopios de imágenes disponibles —y esta entrega de *Diario de Campo* lo ejemplifica— existe una gran variedad de significados y fotografías que remiten a la infancia con los orígenes



Fotógrafo no identificado. Ciudad de México, ca. 1850.



Manuel Ramos. Oaxaca, Oax., ca. 1930 (detalle).

del drama humano. Ya lo decía Erick H. Erikson en su imprescindible libro *Childhood and Society*:

... es necesario entender un hecho básico, la niñez proporciona a la humanidad la explotación más elemental. La polaridad Grande-Pequeño es la primera en el inventario de las oposiciones existenciales, como lo son Hombre y Mujer, Gobernantes y Gobernados, Poseedores y Desposeídos, Blancos y Negros, y en la actualidad, sus luchas emancipatorias están detonando, política y psicológicamente³.

Y ante el cúmulo de estas imágenes, que abundan en la fotografía mexicana, habrá quienes destaquen las elementales estrategias de sobrevivencia a que se han enfrentado los niños y niñas de este país, resultado del apremio social y su circunstancia histórica, así como sus cambios y permanencias, plasmadas en las fotografías para no olvidarlas jamás. No obstante, un mayor acopio fotográfico, preferentemente razonado, bien catalogado y disponible, posibilitaría otras líneas de investigación a partir de la construcción y delimitación de distintas categorías de estudio, en principio, el concepto mismo de infancia. De igual forma podríamos intentar reflexionar sobre las divisiones entre la vida privada y la pública, las diferencias derivadas de las edades, el género, las clases sociales, las etnias o cualquier otra categoría. Otra percepción más sensible, observaría las diferentes etapas del desarrollo mental y corporal y habrá quienes destaquen la absoluta incompatibilidad entre el ámbito infantil y el adulto.

Sea cuales fueren los caminos empáticos con los que interroguemos a las fotografías, debemos cuestionar la supuesta "inocencia formal" de muchas de ellas, especialmente aquellas tomadas en función de una razón comercial, motivo de muchas de las fotografías que se encuentran en los archivos institucionales. No por ello se debe descartar su uso como fuente histórica, sino que siempre debemos de estar muy concientes de este hecho. La fotografía se asimiló y avanzó como tecnología en función a su establecimiento como industria, y uno de los items de venta más socorridos fueron las fotografías de

niños, tanto por los retratos de familia, como por las estampas costumbristas o inclusive de indole moral.

Por otra parte, tampoco podemos negar la omnipresencia de niños y niñas en todas las épocas, ámbitos y regiones de nuestro territorio. Su apabullante presencia, su incuestionable belleza e innegable simpatía, atrae las lentes de cualquier misión fotográfica, sin importar el motivo original del registro. Al respecto son notables las fotografías que se encuentran en la Fototeca de la Coordinación Nacional de Monumentos Históricos del INAH. Su acervo, construido con la intención de documentar, catalogar y estudiar los inmuebles de valor histórico, es también un variado muestrario de la vida cotidiana infantil. Inevitablemente niñas y niños aparecen en las tomas de los fotógrafos decimonónicos y de principios del siglo xx que recorrían el país a la captura de vistas de paisajes y ciudades pintorescas. Vuelven a aparecer en las fotografías tomadas entre 1915-1935, que sirvieron para hacer los primeros catálogos de monumentos. De ellas destacan, entre muchas otras, las que hiciera Manuel Ramos, fotógrafo cuya obra recién se empieza a valorar. Su particular sensibilidad para integrar el contexto social, cultural y geográfico del inmueble, hace de sus fotografías de arquitectura un verdadero retrato de la época.

Una generación después, José Antonio Rojas Loa, antropólogo de la Dirección de Estudios Históricos del INAH, al realizar en la década de 1970 un intenso levantamiento fotográfico de la zona habitacional del centro histórico de la ciudad de México, recorrió las mismas vecindades centenarias fotografiadas por Ramos y sorprende que, desconociendo su trabajo, corroborase una mirada que registraba a la arquitectura en una dimensión humana. Sobra decir que en ambos autores niños y niñas abundan a cuadro.⁴ Cuestionado en su momento por ello, se le decía que sus fotografías no eran arquitectónicas sino antropológicas, nada mejor para un levantamiento que se proponía registrar la situación habitacional que se vivía en esos inmuebles.

Otros investigadores como Manuel Toussaint, Luis Mac Gregor y Constantino Reyes Valerio gustaron de fotografiar a los niños y niñas que encontraban a su paso durante sus excursiones, paseos y recorridos en busca del patrimonio colonial. Tampoco podemos dejar de mencionar las fotografías que hicieron Raúl Estrada Discua o Berenice Kolko y que en este número se exponen. Afortunadamente son muchísimos los fotógrafos que en su trabajo capturaron y capturan a estas increíbles criaturas, cuyos ojos se clavan en las lentes con la típica mirada infantil mezcla de sorpresa, reserva y desafío. A nosotros, los estudiosos de la fotografía y de las ciencias sociales, nos corresponde revelar sus inconmensurables territorios.

Notas

¹ En los estudios específicos de la infancia, con apoyo en la fotografía como fuente histórica, destaca la tesis doctoral de Alberto del Castillo, *Conceptos, imágenes y representaciones de la infancia en México*, 180-1914, México, Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México, noviembre de 2001.

² *Blade Runner*, Ridley Scott, 1982, película de culto, basada en la novela de Philip K. Dick *Do Androids Dream of Electric Sheep?*

³ Erik H. Erikson, *Childhood and Society*, New York, W. W. Norton & Company Inc., second edition revised and enlarged, 1963, p. 418.

⁴ Uno de los programas que se están llevando a cabo en la Fototeca de la CNMH es la identificación de sus fotografías, estableciendo una conexión visual a partir de los inmuebles fotografiados (todos considerados monumentos históricos), sus contrastes y paralelos en la representación del espacio arquitectónico, los usos e intervenciones en éste y la percepción que tanto Ramos como Rojas Loa tuvieron de la vida cotidiana de sus habitantes.